

EL CONOCIMIENTO DE LA ALTA MESOPOTAMIA ENTRE LOS GRIEGOS ANTES DE LA ÉPOCA HELENÍSTICA

Rodrigo Martín Galán
Universidad Autónoma de Madrid

La conquista de Asia por Alejandro supone para los griegos un ensanchamiento del horizonte de sus conocimientos geográficos. Países lejanos del Asia Central son recorridos por los cronistas y bematistas que acompañan a la expedición. Tierras lejanas, rodeadas anteriormente de un halo de leyenda, como la India, devienen territorios conocidos con cuyos dirigentes se mantienen relaciones diplomáticas o bélicas. En cuanto a los pueblos asentados más allá las grandes cordilleras situadas al norte de la Península Índica, como los chinos, aún habrá que esperar varios siglos antes de que se tengan noticias sobre ellos en el Mediterráneo.

Pero, antes de la gran expedición asiática de los macedonios, tierras relativamente cercanas a las costas Mediterráneas, como las llanuras de la Alta Mesopotamia, forman parte de ese conjunto de territorios del que, si bien no son del todo desconocidos, e incluso, en algunos casos, los griegos han tenido contacto directo, como el ejército de mercenarios al que acompañó Jenofonte en su incursión militar por el Interior de Imperio Persa, su conocimiento es borroso y está lleno de lagunas.

Tras la conquista macedonia, y con el establecimiento del Imperio Seléucida, la Alta Mesopotamia será uno de los centros neurálgicos de las comunicaciones del reino hasta mediados del siglo II a.n.e. Sus vías fluviales serán controladas firmemente por destacamentos del ejército seléucida y la región se llenará de asentamientos helenos que se dispersarán a lo largo de los cursos de agua. Esta nueva situación va a hacer que el norte de Mesopotamia ocupe un puesto clave en el desarrollo de un fenómeno histórico-cultural que, si bien vamos a ver culminado tras el cambio de era y va a influir decisivamente en la configuración cultural oriente romano, no conocemos las etapas de su formación. Nos referimos a la aparición de la cultura greco-semítica, nacida de tres siglos de contactos entre los helenos y los pobladores autóctonos de Oriente. Vemos el resultado de este proceso en asentamientos como Dura Europos, Palmira, o Seleucia del Tigres, así como, en mayor o menor medida, en los asentamientos romanos de Siria y Palestina, pero no conocemos su proceso de formación. A fin de entender las diferentes etapas por las que atraviesa, es esencial retrotraerse a los inicios e intentar dilucidar qué conocimiento tenían uno de otro los dos grupos culturales de cuya interacción iba a surgir la cultura greco-semita antes de que el proceso comenzase a tomar forma sobre el terreno.

Nos ocuparemos en este artículo de los griegos y del conocimiento que tenían de las tierras y de las gentes de la Alta Mesopotamia antes del inicio del periodo helenístico. Para ello escudriñaremos la información que se desprende de las obras que nos han llegado de historiadores y geógrafos prehelenísticos.

Los primeros autores griegos que hablan de Siria, Heródoto, Ctesias, no parecen conocer más que la costa y Fenicia. Jenofonte, que tuvo la suerte de atravesar la Siria del norte desde el Golfo de Isos hasta los alrededores de la actual Abu Kemal, no vio casi nada, ¡aparte de algunos animales buenos para la caza! Los griegos llegan cada vez

*más en el siglo IV, como mercaderes, o como soldados; sin embargo los conocimientos de éstos sobre el interior no parecen mejores a juzgar por el Pseudo Escilax*¹.

Las fuentes griegas, siendo importantes como son para el conocimiento del Imperio Aqueménida, nos dan una información mínima sobre la Alta Mesopotamia. Sin embargo, nos ayudan a ver qué idea tenían los griegos sobre las tierras y las gentes de esta parte de Oriente; qué visión tenían de sus habitantes, geografía y civilización; del interior del territorio del Imperio Aqueménida, y más concretamente del área que estamos estudiando. El *corpus* de textos concernientes a la región anterior a la época helenística es extremadamente pequeño.

1. LA ÉPOCA ARCAICA

Antes de las Guerras Médicas las únicas referencias a la historia oriental en la literatura griega son alusiones muy ocasionales de los poetas líricos a reyes o a alguna ciudad.

En medio de la nebulosa que representa el conocimiento que los griegos tenían sobre Oriente, ya sea por la escasez de las fuentes que nos han llegado, o por lo borrosa que era su propia visión, un hecho que tuvo lugar precisamente en la Alta Mesopotamia llegó a ser conocido por los helenos. En el siglo IX a.n.e. Senaquerib transfirió la capital de Asiria de Dur Sarrukin a Nínive. Los griegos tuvieron noticia de la fabulosa capital de Asiria, que entró a formar parte del acervo legendario como “Ninos”. Con el tiempo adjudicaron un héroe epónimo también a esta ciudad: “Ninus”, descendiente de Heracles².

Más tarde, la caída de Nínive también dejó su huella en la tradición literaria. El fragmento nº 4 de Focílides reza:

*“Una ciudad que es pequeña, pero en un alto promontorio
y bien ordenada es más fuerte que la loca Nínive”.*

Entre los griegos contemporáneos de este autor se había extendido la idea de una locura que había llevado a su fin a la fabulosa y por entonces legendaria capital de los asirios. Siglos después, Aristóteles en su *Historia animal* cita a Hesíodo y señala que este autor hace referencia a un águila que estaba presente en el asedio de Nínive. Para R. Drews el origen más probable de esta referencia es la *Ornitomanteia* de Hesíodo³.

Hecateo de Mileto, escribió hacia el 500 a.n.e., parece ser que este autor trató sobre genealogías y el origen de varias ciudades y que viajó mucho. Sus viajes en Mesopotamia están sugeridos por el fragmento 285. Heródoto (V, 36) deja claro que Hecateo tenía una familiaridad considerable con las satrapías persas. Pero desafortunadamente nos ha llegado sólo una parte mínima de su obra.

2. EL SIGLO V A.N.E.

Helánico de Lesbos, a principios del siglo V, escribió unas “Pérsicas” que empezaban tratando brevemente sobre Asiria. No se conservan más que unos pocos fragmentos de esta obra, y nada sobre Asiria.

Excepto en Herodoto no podemos encontrar casi nada en las obras de este período, hasta Jenofonte, que nos sea útil para el estudio de la Alta Mesopotamia, pues no se trata de una región especialmente conocida por los griegos en su conjunto,

¹ Sartre, M.

² Drews, R., pág. 9

³ *Ibid.* cap. 1, nota 15.

contrariamente a otras, con las que tienen más contactos, como el Asia Menor o la costa mediterránea del Levante.

2. 1. HERÓDOTO

La *Historia* de Heródoto es la primera gran obra que conservamos que trata extensamente de Oriente, aunque su conocimiento sobre las tierras del interior es escaso, su fiabilidad desciende progresivamente según se va alejando de la costa mediterránea hacia el Este. Sin embargo, no podemos dejar de analizar esta obra tan importante, y si profundizamos un poco en ella podemos encontrar algunas ideas que resultan interesantes a la hora de intentar descubrir la visión, sumamente borrosa como era, que tenían los griegos del siglo V sobre la región que estamos estudiando, de la que el elemento más claro que percibían, envuelto en la leyenda, seguía siendo la existencia de la ciudad de Ninos.

En cuanto a la narración de los hechos, el desconocimiento de la historia mesopotámica, incluso por los propios orientales, a excepción de sacerdotes y escribas que guardaban los registros de los hechos pasados, queda reflejado en Heródoto cuyo método de investigación se basa en muchas ocasiones en la entrevista personal a los habitantes de las tierras que visitó⁴. Este desconocimiento por parte de los propios habitantes de Oriente se plasma en lo poco que los griegos que se interesaron en la materia llegaron a conocer sobre la Historia de Mesopotamia, aparte de los cuentos de Sardanápalo y Semiramis.

Las menciones de Heródoto a la Alta Mesopotamia son muy ocasionales pues no conoce la región como unidad geográfica definida. Sin embargo en VII, 213, 3 y en I, 184, 1 alude a un "*logos asirio*" que no llegó a escribir, ya fuera por falta de tiempo, o bien porque no recopiló suficiente información. A través de este *logos*, si se hubiera llegado a escribir, habríamos podido saber qué material tenía a su disposición.

Con lo que nos ha llegado, podemos extraer alguna información útil sobre el conocimiento de las gentes que habitaban estas tierras. Observamos que en su época ya se había acuñado el término gentilicio "sirio". El propio historiador dice en VII, 63 que los griegos llamaban "sirios" a los "asirios". Leyendo toda su obra podemos darnos cuenta de que este autor designa como "sirios" en general a los pueblos que habitaban en una zona limitada aproximadamente por Babilonia, Cilicia, Egipto y el Ponto Euxino. Se puede observar que, en la visión borrosa que los griegos del siglo V tenían sobre la geografía de las tierras del interior, esta parte de Asia estaba habitada por "sirios", término asociado a un concepto geográfico, también borroso, que no corresponde con la realidad histórica, al cual Heródoto llama "Asiria", más amplio de lo que fue en realidad la entidad política. En I, 106, dice Heródoto hablando de los medos: "*y sometieron a los asirios con excepción de Babilonia*".

Si establecemos un *corpus* con todos los datos que podemos encontrar en la obra herodotea respecto a este asunto detectamos una visión confusa en la que se mezclan elementos históricos con otros equivocados. Heródoto sabe que Nínive fue capital de los asirios, sin embargo, en I, 178 dice: "*Asiria, desde luego, tiene muchas ciudades importantes, pero la más renombrada y poderosa, donde después de la destrucción de Nínive, los reyes tenían establecida la corte, era Babilonia*". Fijándonos en todos estos datos podemos destacar dos puntos importantes: 1/ los griegos tienen una concepción de Asiria demasiado amplia que no concuerda con la realidad histórica; 2/ el término "sirios" ya ha sido acuñado y designa a los habitantes de este área. R. N. Frye ha hecho un estudio bastante profundo sobre la evolución de los dos términos (sirio y asirio)⁵

⁴ Expresiones del tipo "... así me lo contaron y así lo escribí..." son corrientes a lo largo de su obra.

⁵ Frye, R.N.

desde el punto de vista filológico, pero lo que aquí nos interesa de momento es vislumbrar cuál es la visión que tienen los griegos sobre estas tierras y sus habitantes antes de llegar a instalarse en ellas a finales del siglo IV a.n.e.

C. Schrader, en su traducción de la obra de Heródoto señala: “*Bajo el nombre de Asiria, Heródoto entiende todo el territorio comprendido entre la meseta del Irán, Armenia, y el desierto arábigo, también está comprendida Babilonia. La confusión del historiador puede deberse a la similitud religiosa y cultural existente entre Babilonia y Nínive, y a que Babilonia había sido vasalla de los asirios frecuentemente*”⁶. Hay más ejemplos de esta confusión, por ejemplo en III, 92 dice “*De Babilonia y del resto de Asiria recaudaba mil talentos de plata*”.

La hipótesis de C. Schrader no está carente de una base lógica y posiblemente tiene un cierto grado de realidad, vistas las relaciones estrechas existentes entre las dos potencias que se desarrollaron en Mesopotamia. Pero el estudio más profundo llevado a cabo por R.N. Frye en el que analiza el problema también desde el punto de vista de la propia configuración de las sociedades semitas del momento, aporta un elemento de gran importancia para entender cómo se gestó la idea que los griegos tenían sobre estos pueblos. En esta época, la lengua que se hablaba en Mesopotamia y que era predominante en el área geográfica del antiguo Imperio Asirio era el arameo. Los pobladores de esta entidad política con los que tuvieron contacto los griegos de la época arcaica eran arameo-hablantes. Los helenos, pues, percibían una unidad cultural de toda el área en la que se hablaba el mismo idioma, que se extendía precisamente por la zona que Heródoto entiende como “Asiria”. Por un proceso de evolución filológica en el que no vamos a entrar, pues ya ha sido explicado por alguien más competente en esta materia⁷ los griegos, ya desde el siglo VII a.C. empezaron a denominar “sirios” – sin la A inicial – a los habitantes de Asiria y a los que hablaban su misma lengua. Este proceso en época de Heródoto ya se ha desarrollado y nuestro escritor utiliza las dos denominaciones, pues también habla de los asirios como un pueblo de su tiempo. En II, 17 dice: “*Egipto es todo el territorio habitado por los egipcios, igual que Cilicia es el habitado por los cilicios y Asiria el habitado por los asirios*”. Y en VII, 63 apunta que los griegos llaman “sirios” a los “asirios.”

En cuanto al conocimiento geográfico propiamente dicho que se desprende de la obra de Herodoto, la lista de satrapías persas dada en III, 90 y sigs., la descripción de la Ruta Real que unía Sardes con Susa (V, 52), y la lista de los contingentes que integraban el ejército de Jerjes (VII, 61-69) se encuentran entre las mejores fuentes de información geográfica y etnográfica sobre el Imperio Aqueménida dejadas por los escritores griegos. Pese a que en cuestiones de detalle la última difiere de la lista de satrapías, no está en contradicción con ella.

Los datos referentes concretamente a la Alta Mesopotamia en Heródoto son escasísimos. El Éufrates es descrito como una vía de comunicación entre el Mediterráneo y Babilonia, información totalmente correcta. En I, 18, habla de una aldea bañada por dicho río llamada Arderica: “*Y hoy en día quienes se trasladan desde nuestro mar hasta Babilonia, cuando navegan el río Éufrates abajo, pasan tres veces y en tres días diferentes por la citada aldea*”. El enclave no ha sido identificado, pero el dato, a todas luces irreal, es fruto evidente de rumores y de la fantasía de los informadores de Heródoto.

Pero sin duda el pasaje en el que podemos obtener más información sobre la región que nos concierne es aquel en el que Heródoto describe la Ruta Real de los Persas, que, en su discurrir de Sardes a Susa, pasaba por ella. Sin embargo dicho pasaje presenta el inconveniente de que la descripción, muy precisa en ciertos aspectos, carece

⁶ Schrader, C., en la edición del libro I de Heródoto en *Biblioteca Clásica*, Gredos, nota 447.

⁷ Frye, R.N.

de puntos de referencia seguros. Enumera las satrapías atravesadas, las distancias y el número de etapas, así como algunas particularidades físicas, tales como travesías de ríos, pero no da ningún nombre de ciudad en la región que estamos estudiando.

2. 2. CTESIAS Y JENOFONTE

El número de autores griegos que de una forma u otra trataron sobre Persia es extenso. Los más importantes para nosotros, por lo que se ha conservado y porque tuvieron oportunidad de conocer el país de primera mano son Ctesias y Jenofonte.

2. 2. 1. CTESIAS

Ctesias de Cnido, médico en la corte de Artajerjes II de 404 a 397 a.n.e., fue autor de una fantasiosa historia de Persia, *Persika*, en veintitrés libros, en la que relataba la historia de Oriente desde Ninus y Semíramis hasta 397 a.n.e.⁸

Sus "*Persika*" tuvieron una popularidad inmediata y duradera, y al final de la Antigüedad Clásica Ctesias era considerado el mayor experto en historia de Asia. Su trabajo sobre los asirios y los medos gozaba de una alta consideración. Su historia de los reyes persas desde Ciro hasta Jerjes fue ampliamente leída. Debido a su popularidad e influencia, las *Pérsicas* de Ctesias es la que mejor conocemos de las obras perdidas de la Antigüedad. Es frecuentemente citada por escritores más tardíos: Diodoro Sículo y Nicolao de Damasco resumen la parte que trataba sobre los reyes asirios y medos. El bizantino Focio escribió un epítome sobre los últimos siete libros⁹. Cameron advierte que los resumidores y sumarizadores pueden haber distorsionado la naturaleza general del relato y por tanto, la visión que de él nos ha llegado¹⁰.

La obra de Ctesias dejaba amplio espacio a la fantasía y su base real era sumamente débil. Las gentes a las que tanto Ctesias o Heródoto pudieron entrevistar sobre el terreno, muy probablemente desconocían la existencia de los archivos con listas reales que más tarde ha descubierto la Arqueología.

Ctesias describió hazañas de reyes asirios, medos y persas, desde Ninus hasta el séptimo año del reinado de Artajerjes II. El resumen de su historia de Asiria hecho por Diodoro (II, 1, 2-8) comienza: "*Antiguamente hubo reyes locales en Asiria, pero no son conocidos hechos excepcionales de aquellos, ni siquiera ninguno de sus nombres. De los que conmemora la tradición, Ninus, rey de los asirios, fue el primero en realizar grandes hazañas*". Una vez más nos encontramos con un tiempo remoto envuelto en la leyenda, del que percibimos ecos de una grandeza pasada. Pero los hechos que los griegos pudieron encajar en esta época y en esta región caen totalmente dentro del campo de lo imaginario.

Ctesias hace casarse a Ninus, que, recordémoslo, no es más que un epónimo inventado por los griegos, con Semíramis. El autor de Cnido da la impresión de haber aprendido todo a través de autoridades fiables y de haber visto las ciudades y las tierras que describe. Para sus lectores, que no conocían Nínive, su descripción de la ciudad debe de haber parecido la de un testigo ocular. Pero el mismo Ctesias nunca la había visto y la localiza sobre el Éufrates. Esta equivocación, puede tal vez haber inducido, muchos siglos después, a Amiano Marcelino a cometer a su vez otro error semejante identificando Hierápolis - Bambike con la capital semilegendaria de Asiria.

⁸ Starr, C.G., pág. 50.

⁹ Drews, R., pág. 104.

¹⁰ Cameron, *Journal of Near Eastern Studies*. XXXII (1973). Pág. 55.

2. 2. 2. JENOFONTE

A caballo entre finales del siglo V y principios del IV a.n.e. surge un autor de primera importancia, Jenofonte. Formó parte de la expedición de mercenarios griegos que acompañó a Ciro el Joven a luchar por el trono contra su hermano Artajerjes, primero como soldado y luego como uno de los generales electos de los 10.000. Contó esta expedición y su retirada hacia el Mar Negro en su *Anábasis*, y compuso una historia semi-ficticia de Ciro, el fundador del Imperio Persa, la *Ciropedia*.

La obra de Jenofonte nos es útil por la información que proporciona sobre dos aspectos que aquí nos interesan. Por un lado ofrece datos de primera mano, directamente sacados de la región que estamos estudiando, y por otro percibimos cómo los griegos siguen recibiendo una visión de los tiempos antiguos salpicada de datos inexactos, entre los que se insertan algunos más acordes con la realidad.

La *Ciropedia*.

Esta obra no es el resultado de una investigación histórica del autor, como en el caso de Heródoto. Se trata de una visión novelada de la vida de Ciro, usada por Jenofonte como pretexto para exponer sus teorías filosóficas sobre el gobierno y el liderazgo militar. Como obra "histórica" la *Ciropedia* tiene muy poca base real y la mayoría de los acontecimientos son fruto de la fantasía. Es la expresión de lo que para Jenofonte sería una sociedad perfecta, monárquica, autocrática, y fuertemente militarizada, una utopía, un estado ideal, según su pensamiento.

Una vez más la historia de Oriente está envuelta en un halo de leyenda. A. Vegas Sansalvador señala: "*En su estancia por tierras asiáticas, Jenofonte recogió numerosas tradiciones orales relativas a la figura de Ciro el Viejo; de ahí la frecuencia de expresiones como 'dicen', o 'se dice'*"¹¹.

En la *Ciropedia*, los parajes que recorre Ciro en Armenia, así como en Lidia, eran familiares a Jenofonte, que los había atravesado con la expedición de los 10.000. El avance de Ciro el Viejo hacia Babilonia en varias etapas, está prácticamente copiado de la marcha de Ciro el Joven hacia el Este¹². Pero en cuanto a los hechos históricos, como había ocurrido con sus predecesores, en su relato se incluyen datos veraces junto a un gran número de narraciones en las que la realidad se entremezcla y se confunde con la leyenda, no sabemos si fruto de su dificultad para entender el complicado entramado político de la historia de Mesopotamia o de lo que sus informadores le transmitieron.

En el proemio de la *Ciropedia* (I,1,4), hace una extensa relación de los pueblos que debían obediencia a Ciro, entre los que nombra: sirios, asirios, babilonios, árabes...¹³ Es evidente que Jenofonte atribuye a Ciro la conquista de territorios sometidos posteriormente. Esta relación de pueblos también presenta un elemento importante a la hora de abordar el proceso ya aludido *supra* por el que los griegos fueron estableciendo una diferencia paulatinamente entre aquellos a los que denominaban "sirios" y los llamados "asirios". R.N. Frye en su estudio ya mencionado acerca de este fenómeno llegó a la conclusión de que si bien las diferencias entre los dos términos nunca acabaron de quedar totalmente claras para los griegos, que siempre mantuvieron un cierto grado de confusión entre ellos, en algún momento empezaron a distinguir entre Siria = Levante, y Asiria = Mesopotamia. Heródoto puede representar el punto de inflexión en esta separación. Después de él las designaciones separadas continuaron en

¹¹ A. Vegas Sansalvador, en la nota 125 de la introducción a la *Ciropedia* (*Biblioteca Clásica*, Gredos) da ejemplos de este tipo de expresiones.

¹² *Ibid.* pág. 38.

¹³ Sobre los problemas que han planteado sus menciones a árabes y a Arabia volveremos más adelante.

uso hasta época romana y hasta el presente en Occidente. Por este motivo, no debemos de extrañarnos si en Jenofonte encontramos ya una diferenciación entre ambos.

Jenofonte perpetúa la confusión de Heródoto entre Asiria y Babilonia, cuya diferencia como entidades políticas distintas no vislumbra bien. En I, 5, 2 habla del “*último rey de Asiria*”, vencido por Ciro en Babilonia, refiriéndose claramente bajo esta alusión al último rey del Imperio Neo-babilónico, Nabónido. En II, 1, 5 escribe: “*El propio asirio, que tiene bajo su poder Babilonia y el resto de Asiria, traerá, yo creo, por lo menos veinte mil caballeros*”.

El primer pasaje al que hemos aludido (I, 5, 2) es especialmente interesante porque en él se encuentran todos los problemas que estamos tratando: “*Por su parte, el rey de Asiria, una vez que hubo sometido a los sirios, pueblo no insignificante, hecho súbdito suyo al rey de los árabes, y teniendo ya también como súbditos a los hircanios, durante el asedio de los bactrios (...)*”.

- a) El rey de los asirios somete a “*todos los sirios, pueblo no insignificante*”. La distinción entre Asiria y Siria ya es evidente.
- b) En cuanto al rey de los árabes, no tenemos noticias de que este pueblo en época de Ciro hubiese constituido ya algún reino en el Creciente Fértil¹⁴.
- c) Podemos ver el grado al que llega la fantasía de Jenofonte que hace a los asirios conquistar a los hircanios y guerrear contra los bactrios extendiendo así sus dominios y sus correrías militares hasta el Asia Central, mostrándonos así lo distorsionada que es su visión de la historia de Oriente.

La Anábasis.

En la *Anábasis*, Jenofonte relata la marcha de un destacamento de mercenarios griegos hacia Babilonia con el príncipe Ciro el Joven en 401 a.n.e. siguiendo la ruta del Éufrates. Hemos de señalar que este autor nunca utiliza el término “Mesopotamia”, el cual no aparecerá en las obras históricas y geográficas hasta el período helenístico, lo cual es interesante y significativo pues no parece que los griegos tengan aun una noción concreta de su entidad como unidad geográfica como sucederá más adelante.

Jenofonte proporciona una buena cantidad de detalles descriptivos sobre la región que nos concierne. Habla de aldeas, del cultivo de trigo, cebada y dátiles. Ofrece una breve descripción de la flora y la fauna en Mesopotamia, en la que menciona el ajeno, hierbas aromáticas, asnos salvajes, avutardas, gacelas y avestruces. Las relaciones de viajeros de finales del siglo XIX y principios del XX confirman la imagen dada por el historiador. Amiano Marcelino, ocho siglos más tarde también coincide en algunos de estos aspectos.

La primera mención que hace sobre la región aparece en I, 4, 11: “*... hasta el río Éufrates, que tiene una anchura de cuatro estadios. Había allí una ciudad habitada, grande y próspera, llamada Tápsaco.*” La famosa Tápsaco, punto de cruce principal del río hasta la fundación de Seleucia del Éufrates a principios de la época helenística, aun no ha sido localizada. Las diversas teorías sobre su situación han hecho correr ríos de tinta a lo largo del siglo XX.

Un poco más adelante en la narración de Jenofonte nos encontramos con otra ciudad (I, 4, 25): “*Al otro lado del río Éufrates, siguiendo las etapas desérticas, había una ciudad opulenta y grande llamada Carmadé*”. Ésta no ha sido localizada, siendo este pasaje la única referencia que tenemos de ella; dicho topónimo no vuelve a ser nombrado en ninguna de las fuentes que nos han llegado. Cabe plantearse tres posibilidades: 1/ La ciudad cambió de nombre en época helenística y la nueva

¹⁴ Ver *infra* para más detalle sobre los problemas que plantea la alusión de Jenofonte a esta etnia.

denominación borró totalmente la memoria de la anterior¹⁵. 2/ La ciudad desapareció. 3/ El propio Jenofonte, que escribió la *Anábasis* veinte años después de realizar el viaje que relata en la obra, se olvidó del nombre verdadero y le dio uno equivocado.

Sin embargo, en II, 4, 25 alude a otro enclave que nos es más conocido: “*Desde el Tigris recorrieron, en cuatro etapas, veinte parasangas hasta el río Fisco, de un pletro de ancho, y sobre él había un puente. Aquí había una gran ciudad habitada denominada Opis*”. Este enclave está bien documentado históricamente en la Baja Mesopotamia, situado a 200 estadios del Éufrates según afirma Eratóstenes¹⁶. Pero su situación geográfica hace que quede fuera del marco que hemos fijado para el presente estudio.

Después de la derrota, a lo largo del itinerario por el que huye el ejército griego, nombra una serie de topónimos en el alto Tigris interesantes por los problemas que plantean. Por primera vez tenemos noticia directa de griegos visitando los alrededores de la antigua Nínive, que había dado lugar a tantas leyendas entre ellos, aunque éstos no reconocieron el enclave.

En el pasaje que describe la marcha del ejército por las tierras que parecen corresponder al corazón de la antigua Asiria, habla de una ciudad a orillas del Tigris, Larisa, no localizada, pero cuyo nombre es sospechoso de estar corrompido debido a que parece demasiado griego. En III, 4, 9 escribe: “*Junto a ésta había una pirámide de piedra de un pletro de ancho y dos de alto. Sobre ella había muchos bárbaros que habían huido de las aldeas próximas*”. Evidentemente está describiendo una antigua zigurat y también es evidente que comete un error diciendo que está construida en piedra. Sea cual sea la localidad que se esconde detrás del nombre de Larisa (al igual que Mespila, de la que hablaremos a continuación), cabe preguntarse si es posible que no la conozcamos debido a la falta de datos sobre la geografía histórica de la época. La ciudad de Larisa estaba desierta, de hecho ya no oímos hablar de ella, -ni de ninguna cuyo nombre se le parezca en la misma zona geográfica-, después del inicio de la época helenística cuando ya tenemos noticias abundantes sobre los nombres de algunos enclaves de la zona. Teniendo en cuenta que se trata de restos de un antiguo centro urbano, dotado de zigurat, puede ser el enclave de una de las viejas ciudades asirias. Recordemos que las antiguas Nínive y Assur, así como el asentamiento de Nimrud, antiguos centros neurálgicos de las tierras que está describiendo Jenofonte, no tienen continuidad directa como ciudades hasta el período helenístico. Pero sabemos demasiado poco de los avatares que atravesaron estos centros urbanos durante el período aqueménida para poder llegar a alguna conclusión fiable.

Mespila, situada a 10 parasangas de la anterior, tampoco ha sido localizada y plantea los mismos problemas que ya hemos señalado con respecto a aquella. Jenofonte escribe: “*Desde allí recorrieron, en una etapa, seis parasangas hasta una muralla desierta, grande, situada junto a una ciudad. El nombre de la ciudad era Mespila; en otro tiempo la habían habitado los medos*”¹⁷. Evidentemente esta última alusión a los medos es de nuevo fruto de las ideas confusas que sobre el pasado de la región tiene el autor. La descripción que da responde a una ciudad grande, que parece haber sido muy importante. Se ve que son ruinas de un antiguo enclave, casi con toda seguridad asirio. R. Bach Pellicer dice en su traducción de la *Anábasis*¹⁸ que Mespila es parte de los vestigios de Nínive, al igual que Larisa. En realidad estamos en los alrededores de Nínive, por tanto no es difícil que la identificación de una de las dos con la citada

¹⁵ Los cambios de nombre durante el período helenístico son muy corrientes. El fenómeno de las pseudo-fundaciones de los Seléucidas, que en muchas ocasiones dan nombres nuevos a enclaves ya existentes, representa un problema para los estudiosos de la geografía histórica de la región.

¹⁶ Estrabón II, 80.

¹⁷ *Anábasis*. III, 4, 10.

¹⁸ Nota 98.

ciudad sea acertada, pero la distancia que, según Jenofonte, existe entre ellas, parece excesiva para afirmar que ambas formaban parte de las ruinas de una sola urbe.

En II, 4, 27 nos da un dato interesante sobre la estructura socio-económica del Imperio Persa cuando menciona varios pueblos que la madre de Ciro, Parisatis, posee situados a lo largo del Alto Tigris¹⁹. Con los conocimientos que tenemos hoy por hoy es pronto para situar este pasaje en su debido contexto. El avance de la arqueología puede en un futuro ayudarnos a conocer con más detalle los diferentes tipos de asentamientos de la época en la región.

El pasaje I, 5, 1 reviste una importancia capital a la hora de estudiar la historia social y etnológica de la región. En éste Jenofonte dice que, descendiendo el Éufrates en dirección sur, una vez atravesado el Jabur, los griegos penetraron en Arabia. Este texto ha sido el principal documento sobre el que se han basado numerosos investigadores para postular la presencia de árabes en la Alta Mesopotamia ya en el siglo V a.n.e.²⁰.

En 1986 F.M. Donner publicó un artículo en la revista *Iraq* que desató la polémica. Este autor parte de la premisa de que en esta época, anterior a la aparición de los estados árabes sedentarios, existe una ecuación en la mentalidad griega entre árabe y nómada-pastor. El razonamiento es correcto, sobre todo en cuanto se refiere a la concepción de los griegos, que establecen normalmente la identidad entre tierra de nómadas y "Arabia." Si repasamos la literatura griega de esta época y la helenística nos encontramos con una serie de territorios diferentes en el Próximo Oriente que reciben la apelación de "Arabia", siendo la característica que los une el ser dominio de nómadas.

F.M. Donner observa que Jenofonte, el cual da una descripción de las tierras de Mesopotamia, como ya hemos indicado *supra*, no hace referencia a ningún tipo de vida pastoral en la región, ni tampoco a la presencia de camellos, siempre asociados a Arabia y a los árabes. Para F.M. Donner esta falta de referencias podría hacer pensar que los nómadas pastores, al menos los árabes, del tipo descrito más tarde por Estrabón y Plinio, no habrían llegado aun a la región en 401 a.n.e.²¹. F.M. Donner no está de acuerdo con P. Briant, el cual acepta la presencia de árabes en Mesopotamia en esta época²², porque éste se apoya precisamente en dicho texto de Jenofonte, que, según Donner, impide llegar a tal conclusión, pues para él el nombre de "Arabia" implica necesariamente la presencia de nómadas árabes.

Este investigador piensa en tres posibilidades: Jenofonte no vio nómadas pues no se cruzaron en su camino; Jenofonte se olvidó de ellos 20 años después cuando escribió su obra; o "*Xenophon's description of conditions in Mesopotamia is accurate in its essentials; pastoral nomads, particularly camel-nomads, were not yet a prominent feature of the local scene, and his use of the term 'Arabia' to designate the eastern part of Mesopotamia is, for this period, inaccurate*"²³. F.M. Donner consagra el artículo a intentar demostrar que la tercera de las posibilidades es la correcta. Estemos o no de acuerdo con su argumentación, debemos reconocer que dicho pasaje de la *Anábasis* ha sido usado por muchos como documento de base para demostrar la penetración de árabes nómadas en Mesopotamia antes del período helenístico, por lo que éste es un asunto que tiene importantes repercusiones en la historia social²⁴. F.M. Donner concluye que el uso de "Arabia" en la *Anábasis* para designar a Mesopotamia sería razonable en el contexto que nos presentan las fuentes en el siglo I d.C., cuando ya se atestigua la

¹⁹ Desgraciadamente es casi nada lo que sabemos de la estructura socio-económica de la Alta Mesopotamia en esta época.

²⁰ Ver Briant, P.

²¹ Donner, F.M., pág. 3.

²² Briant, P.

²³ Donner, F.M., pág. 3.

²⁴ En la *Ciropedia* también se habla de "Arabia" y árabes pero las referencias geográficas son tan vagas que no aportan ninguna idea esclarecedora.

presencia de árabes fehacientemente, de los que dan cuenta Estrabón y Plinio, pero no en la época de Jenofonte, y por lo tanto éste comete un error y no existen ni árabes ni “Arabia” en la región.

Teniendo en cuenta que es un asunto aun no resuelto y que necesita más investigación, pues no poseemos más datos que el texto jenofonteo, observamos que la hipótesis de F.M. Donner, que reposa en la ausencia de alusiones a camellos y a pastores en el famoso texto, tiene muchos aspectos en los que no acaba de convencer. Entre ellos, si dice que la denominación de Jenofonte de estas tierras como “Arabia” es correcta para varios siglos después pero no para su época, nos preguntamos ¿cómo pudo nuestro autor prever el futuro y saber que con el paso de los siglos en esa región iba a haber árabes habitándolas? No podemos dejar de sorprendernos con la idea de que Jenofonte, que pasó por allí, describió un país irreal que aun no existía, pero que sí existiría más tarde. El artículo de F.M. Donner es interesante porque llama nuestra atención sobre este punto, pero presenta el problema de servirnos sus hipótesis a guisa de conclusiones. Parece poco creíble que Jenofonte haya atravesado estos parajes y haya inventado el nombre del país. Además nos parece débil como base argumental dar más importancia a la falta de menciones a camellos por parte del autor que al propio nombre que da a estas tierras. No parece difícil pensar que un ejército de 10.000 hombres, efectuando su avance a través de las estepas mesopotámicas hiciese huir de su camino a cualquier tribu nómada que basase su forma de vida en el pastoreo por miedo a perder sus cabezas de ganado, principal fuente de subsistencia (recordemos que los habitantes de Larisa corrieron a refugiarse en lo alto de la zigurat cuando vieron aparecer el ejército griego). Por otro lado, sabemos que la región, desde la noche de los tiempos, ha sido surcada por grupos de nómadas, por lo cual parece casi increíble que en ese momento no los hubiese; otra cosa es que éstos fuesen ya étnicamente árabes o aún no, problema complejo en el que aquí no podemos entrar.

J.E. Reade también encuentra muy extraño que Jenofonte haya inventado una “Arabia” inexistente. Sostiene que es posible que, precisamente el hecho de llamar “Arabia” a estas tierras, le haya hecho no mencionar explícitamente la presencia de árabes²⁵.

Por otra parte F.M. Donner, que da tanta importancia a las descripciones de nuestro autor, parece no tener en cuenta algunos aspectos que se desprenden del análisis de su obra en general. Una lectura atenta de los escritos de Jenofonte nos permite descubrir numerosas contradicciones y olvidos que nos hacen ser cautos a la hora de lanzar una teoría basada en la ausencia de algún dato en sus relatos. En III, 2, 1-4 sitúa caldeos viviendo en las montañas de Armenia, lugar por el que también pasó el historiador en su marcha, lo cual no le impidió colocar en él un grupo étnico del que sabemos que nunca habitó aquellas regiones.

C. Garcia Gual señala: “*Jenofonte, como historiador tiene notorios defectos. No es exhaustivo en la recogida de datos, es olvidadizo y margina hechos de primera importancia, cuenta las cosas desde su perspectiva (así se ha hecho notar, sobre todo, en las Helénicas, donde omite hechos tan importantes como la batalla de Cnido, la constitución de la segunda Liga Marítima, la fundación de Megalópolis, etc.) y no tanto por una consciente parcialidad, por esa simpatía proespartana que muchas veces se le ha reprochado, como por una característica ingenuidad, cercana a la improvisación sin el examen crítico requerido,- y eso, tras leer a Tucídides-, pero es, como ya advertimos, mucho mejor reportero de guerra*”²⁶.

No vamos a hacer una relación de olvidos y errores que comete Jenofonte a lo largo de su obra pues no es éste el lugar apropiado. Baste recordar aquí otro caso de un

²⁵ Reade, J.E., pág. 65.

²⁶ Introducción a la *Anábasis*, pág. 28.

desliz que se puede considerar del mismo tipo que la falta de mención expresa a árabes en Mesopotamia. A. Vegas Sansalvador señala en su traducción: “*No deja de ser sorprendente que al comienzo de la Ciropedia (I,1,4), los indios se encuentren entre los pueblos sometidos a Ciro, porque a lo largo de su obra no aparecen indicios de enfrentamiento ni de sometimiento*”²⁷.

*

*

*

Cuando los griegos se instalan en las tierras de la Alta Mesopotamia a finales del siglo IV a.n.e. y crean colonias que, junto con los asentamientos indígenas, serán la semilla que dará lugar luego a la cultura greco-semita, no llegan a unas tierras tan desconocidas como pueden ser la parte oriental del Imperio persa, la India o Bactriana. Saben de su floreciente pasado urbano, han oído hablar de Babilonia y de Nínive, aunque esta última, que ya no existe como centro urbano, no saben situarla con exactitud sobre el terreno. Su conocimiento de la historia local anterior a la llegada de los persas se mezcla con la leyenda y salvo los nombres de algunos grandes personajes no saben prácticamente nada del proceso histórico. Conocen las dos grandes arterias fluviales, el Tigris y el Éufrates, aunque no han acuñado todavía un nombre que le de una especificidad a las tierras comprendidas entre ellos. Perciben una unidad étnica entre los habitantes de amplias zonas del Próximo Oriente que son arameo-parlantes, y distinguen dos grupos entre ellos: sirios en la parte occidental y asirios en las tierras del interior, aunque tal distinción nunca llegará a estar bien definida. Y finalmente, en su concepción del apelativo “Arabia” como tierra de nómadas, tienen noticias de que los territorios a lo largo del Éufrates pueden incluirse dentro de este concepto.

3. BIBLIOGRAFÍA

- Briant, P. *Etat et pasteurs au Moyen-Orient ancien*. Cambridge University Press. Cambridge. Y Editions de la Maison des sciences de l’homme. París. 1982.
- Donner, F.M. “Xenophon's Arabia.” *Iraq* 48, 1986. Págs.1-14.
- Drews, R. *The Greek accounts of eastern History*. Harvard University Press. Cambridge, Massachusetts. 1973.
- Estrabón.
Geografía. - *Biblioteca Clásica Gredos*. Libros I y II (Intr., trad. y notas: J.L. García Ramón y J. García Blanco) nº 159. Libros XI-XIV (Intr., trad. y notas: M. P. de Hoz García-Bellido) nº 306. Madrid.
- Frye, R.N. “Assyria and Syria: synonyms”. *Journal of Near Eastern Studies*. Vol. 51. nº 4. 1992, págs. 281-285.
- Heródoto.
Historia. Trad. C. Schrader. *Biblioteca Clásica Gredos*. Nos. 3, 21, 39, 82, 130. Madrid.
- Jenofonte.
Anábasis. Trad. R. Bach Pellicer. *Biblioteca Clásica Gredos* 52. Madrid.1991.
Ciropedia. Trad. A. Vegas Sansalvador. *Biblioteca Clásica Gredos* 108. Madrid, 1987.

²⁷ *Ciropedia*, pág. 175, nota 104.

- Reade, J.E. "Greco-Parthian Nineveh." *Iraq* 60, 1998. Págs. 65-83.
- Sartre, M. "La Syrie sous la domination achéménide." En *Archeologie et histoire de la Syrie* Vol. II: *La Syrie de l'époque achéménide à l'avènement de l'islam*. Saarbrücken. Págs. 9-10. 1989.
- Starr, C.G. "Greeks and Persians in the fourth century B.C." *Iranica Antiqua* 11, 1975. Págs. 39-99.